

Arte Rupestre de Tarapacá

Una Tierra de Tesoros Escondidos

Ministerio Secretaría General de Gobierno

Gobierno de Chile

Fondo de Fomento

Medios de Comunicación Social

CORE TARAPACÁ

Proyecto financiado a través del FFMCS 2026

Arte Rupestre de Tarapacá

Una Tierra de Tesoros Escondidos

Ministerio Secretaría General de Gobierno
Gobierno de Chile

Fondo de Fomento
Medios de Comunicación Social

CORE TARAPACÁ

Proyecto financiado a través del FFMCS 2026

Colofón

Arte Rupestre de Tarapacá:
Una Tierra de Tesoros Escondidos

Autora: Indalicia Lagos Rojas

Diseño: Alejandro Naves Tamborino

Impreso en los talleres de Imprenta OSAR

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta publicación.

Presentación

Hoy iniciamos, como Prensa Activa, nuestro proyecto comunicacional “Arte Rupestre de Tarapacá: Una Tierra de Tesoros Escondidos”, ganador del Fondo de Fomento de Medios de Comunicación 2026, del Ministerio Secretaría General de Gobierno y el Consejo Regional de Tarapacá

Al igual que cualquier iniciativa comunicacional, el objetivo es relevar temas de interés para la comunidad y, principalmente, para los lectores de nuestro medio. En este caso, nuestro proyecto busca difundir y poner en valor seis sitios de Arte Rupestre de Tarapacá.

Si bien Tarapacá es reconocida como una de las zonas con mayor número de expresiones de arte rupestre de Chile y Sudamérica, las manifestaciones que existen en estos sitios obligan, necesariamente, a reseñar la importancia de estos lugares en la voz de expertos y conocedores de la zona, ya que por su ubicación y condiciones son verdaderos tesoros escondidos de este territorio.

Las culturas ancestrales de esta tierra nos legaron fabulosas historias de una vida que, cotidianamente, se desenvolvía desde las altas tierras del altiplano hasta las costas del Océano Pacífico, pasando por oasis, quebradas y el desierto.

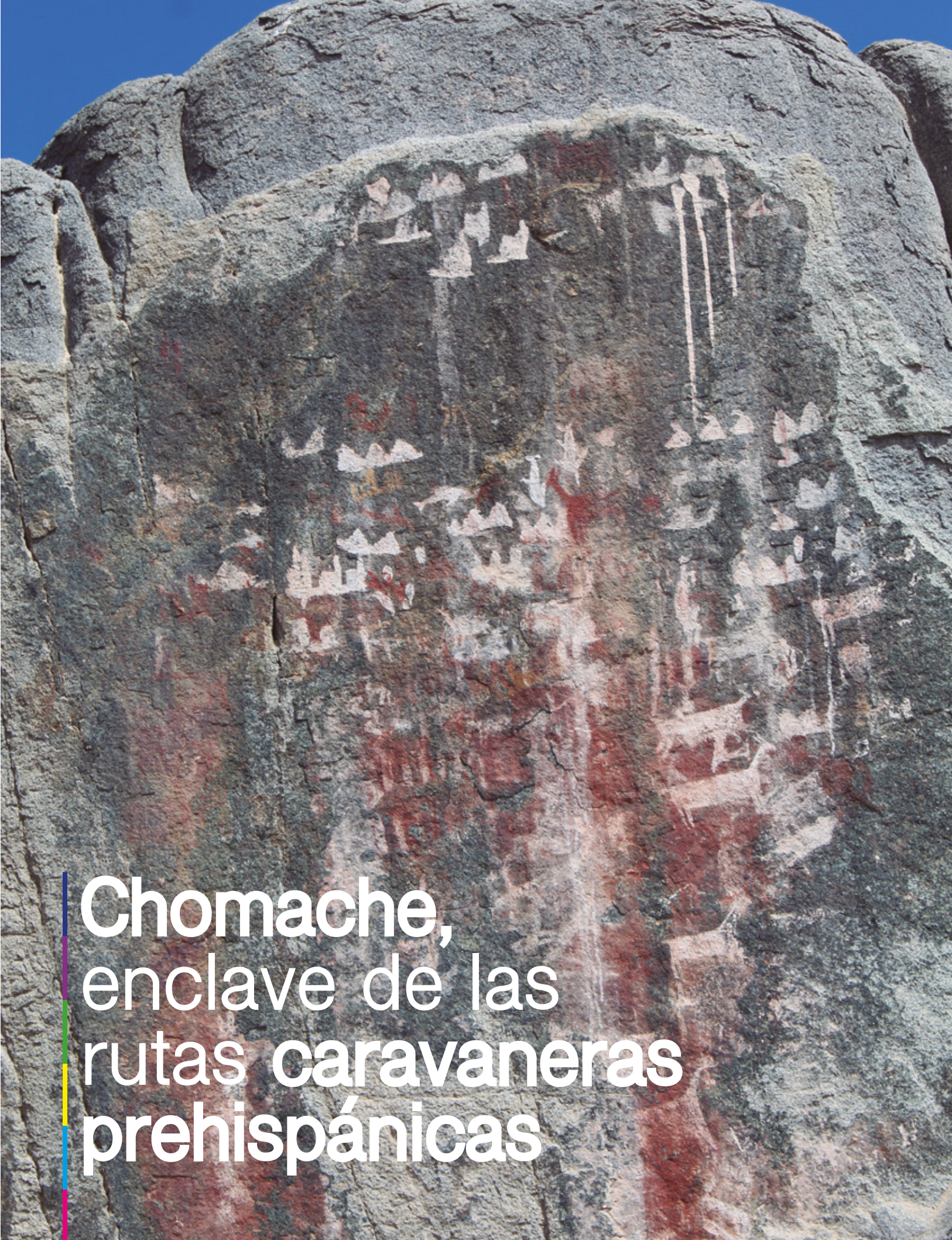
Así, los cerros, muros de piedras, cuevas y la tierra del desierto fueron mudos testigos de los mensajes que nos dejaron aquellas culturas originarias, simples trazos que nos hablan de historias de pastores y sus animales, las rutas caravaneras y el trueque de productos entre pueblos de los distintos pisos ecológicos, desde el altiplano hasta los balseros que vivían en la costa.

Pero estas historias también nos relatan de los ritos mágicos religiosos, donde cobra supremacía el Señor de los Báculos o el Gigante de Tarapacá, cargado con un bello rostro irradiado, que asemeja el sol que sale cada mañana allende Los Andes.

En este viaje por el patrimonio de Tarapacá, hemos querido rescatar el valor de estas maravillosas figuras ancestrales, cuya existencia permanece incólume en sitios como las pictografías de Chomache, petroglifos de la Quebrada de Aroma; y los geoglifos del Cerro Isla, Complejo Arqueológico ex Aura, Cerro Unita y Ariquilda.

Invitamos a los lectores a conocer la magnificencia de estos sitios de arte rupestre, que representan la identidad de los pueblos originarios ancestrales y el patrimonio cultural y arqueológico de Tarapacá.





Chomache, enclave de las rutas **caravaneras prehispánicas**

El paisaje que confluye entre el Océano Pacífico y la Cordillera de la Costa en el borde costero sur de Iquique, permite que éste se transforme en un guardián del patrimonio arqueológico y cultural de Tarapacá.

En viaje por la ruta, en las inmediaciones de los roqueríos costeros emerge Chomache, un conjunto arqueológico milenario que da cuenta de la vida de los antiguos habitantes de este territorio, transformándose en un sitio único en el mundo por sus características.

Para Oscar Varela, ingeniero pesquero de profesión, pero con una profunda vocación y conocedor del patrimonio arqueológico del territorio, la región es una zona rica en arte rupestre, una cantidad tan grande que está disgregada en todo el territorio, especialmente, en las áreas de las rutas caravaneras, tanto longitudinales (de norte a sur) como transversales (de cordillera a mar).

"Las distintas expresiones del arte rupestre demuestran que hubo una evolución. Seguramente, hubo épocas en que las condiciones fueron más favorables, con más vegetación y facilidad para encontrar agua. También había un tráfico fluido de oriente a poniente. A pesar de ser tan desértico, hubo una población importante en el territorio".

Así surge Chomache, nombre autóctono con que los antiguos residentes del sector denominaban a este sitio con casi dos mil años de antigüedad; y cuyo ícono identitario es una pictografía en una gran roca a orillas del mar, que habla de la historia de hombres y mujeres que habitaron este espacio.

Bajo un detallado diseño y plasmadas en color blanco y rojo, utilizando como pintura pigmentos de la naturaleza, se aprecian 90 figuras rupestres asociadas a aves, camélidos, figuras geométricas y aletas dorsales de peces grandes, como albacora y marlines, que permiten inferir sobre la vida cotidiana de esta comunidad.

Según Varela, las expresiones de esta gran pictografía demuestran el nexo que había entre la





costa y los valles del interior, principalmente, entre las poblaciones de pescadores y agricultores; lo que permitió que Chomache se transformara en un enclave de las rutas caravaneras prehispánicas, conectando la costa con Guatacondo, Pica y Quillagua.

"En Chomache hubo un asentamiento humano muy importante. Hoy en el lugar hay recintos y conchales que demuestran el aprovechamiento de los recursos que extraían del mar, lo que permitió que una población de individuos se mantuviera en el lugar, ya que lograron subsistir de lo que les daba el mar. Pero además conservaban y preservaban alimentos que extraían del mar, e intercambiaban pescado y guano por frutas y verduras con grupos que venían de las quebradas, oasis y cordillera".

Sin duda, al observar la pictografía de Chomache en esta gran roca costera surgen innumerables preguntas de la razón de ser de estas pinturas rupestres en un espacio tan singular.

Si bien las interpretaciones pueden ser infinitas, en opinión de Varela, el uso de la piedra por los habitantes de dicho lugar, "puede haber tenido un sentido ritualista, como una demostración de admiración a la naturaleza y dejar plasmadas sus inquietudes espirituales; o quizás, evocar la caza de peces e intercambio de productos, dejando con ello una ofrenda a la naturaleza para que se mantuviera de forma permanente. También, y por qué no decirlo, podría haber sido una escuela para mostrar a las futuras generaciones, las actividades cotidianas que realizaban como comunidad, como la pesca y el intercambio con otros pueblos".

Aldea prehispánica

Este proceso de intercambio comercial no sólo demuestra la conexión entre habitantes de los distintos pisos ecológicos, sino también un proceso de integración social y cultural, tras los hallazgos en el sitio hace unos años de cerámicas, alimentos y semillas locales, talleres líticos y espinas de cactus para agujas, entre otros.

Para Varela, y a la par de estos hallazgos, otro elemento relevante en Chomache son las construcciones que dieron vida a la aldea de esa comunidad prehispánica, "quienes para construir utilizaron la técnica de una argamasa de arena y ceniza de huiro que, al mezclarla con agua de mar, se transformaba en una pieza tan dura como el cemento".

"Sin duda, todo lo que existe en Chomache demuestra que esa comunidad tenía experiencia para desarrollar las pinturas, además de una cultura única y una forma de transformar el hábitat".

Sin embargo, pese a la riqueza cultural y el indudable valor patrimonial que posee Chomache, hoy este lugar corre un serio riesgo de ser destruido, ya que el área se utiliza como un espacio recreativo nocturno, donde grupos concurren a beber alcohol, prender fogatas y realizar actividades que ponen en riesgo a esta pictografía milenaria.

Para Varela, resulta necesario proteger dicho lugar. "Hace unos años se conversó con autoridades, tanto del municipio de Iquique como de la Gobernación Marítima, para buscar una solución a la conservación de esta pictografía. A la fecha, esa iniciativa no ha prosperado, pese al potencial turístico que posee la zona".

Por lo mismo, asegura que "tiene que haber una dedicación más seria y crear zonas estratégicas por sectores, desde los cuales se pueda salir a recorrer estos sitios tan importantes, con guías turísticos y vehículos adecuados, para preservarlos y evitar que desaparezcan".

Tras admirar cada una de las figuras plasmadas hace miles de años en la roca, no deja de impresionar la forma cómo esta comunidad prehispánica se inspiró para contar una historia que permanece viva hasta hoy. Así, Chomache sigue erguido en medio de los roqueríos costeros como un tesoro escondido, blindado por la bruma marina y el sol que nace cada mañana en Tarapacá.







Cerro Isla, hito articulador del tránsito **transdesértico**

En el trayecto desde Iquique hacia la provincia del Tamarugal, el paisaje del desierto se transforma en un mudo testigo de uno de los tesoros de arte rupestre de la región.

Las planicies y cerros al costado de la carretera hacen invisible al ojo humano la posibilidad de dimensionar el patrimonio cultural, con expresiones rupestres que dan cuenta de la vida de grupos humanos que atravesaron el desierto; y cuya impronta yace en el denominado Cerro Isla.

Para Luis Pérez, arqueólogo y paleontólogo; y director del Museo Regional de Iquique, tal como su nombre lo indica, el Cerro Isla es un hito geográfico por excelencia.

"Cuando uno ingresa a esta gran abertura en la serranía de la cordillera costa, al pasar cruz de piedra o el área de Baquedano, ésta comienza a deprimirse y se abre un gran espacio abierto, donde se emplazan los bancos salitreros; y por ahí comienza a desplegarse una de las bandas principales del tráfico transdesértico desde tiempo prehispánicos. Conforme a los grupos humanos que se van desplegando por el desierto para llegar a la costa, en el área más dura –porque ahí no hay agua–; van a dejar su impronta en este cerro tan particular".

Es así que en las laderas del cerro, y empleando una técnica de despeje de la tierra para crear un contraste; se avizoran diversos geoglifos como chamanes, caravaneros, flechas, llamas, animales faenados, rectángulos, trapezoides y otras iconografías, como cruces andinas o chacanas, que para los especialistas es un indicio de que estas expresiones pertenecen al periodo intermedio, cuya data se extiende desde el siglo I hasta el siglo XIV.

En opinión del arqueólogo, dichos elementos van a ser funcionales a las dinámicas sociales, políticas, territoriales y espirituales del momento, ya que el Cerro Isla es un agente articulador como tal, pero está cargado con estos elementos que tienen una funcionalidad en el contexto del tráfico transdesértico.

"La aproximación a los geoglifos o complejo arqueológico como éste, es que articula el tránsito transdesértico, indicando que esa es la ruta que se debe seguir. Había un conocimiento de los elementos del territorio, para plasmar ciertas figuras en los cerros. Por lo tanto, no fueron hechos de forma antojadiza".

Al reflexionar sobre las expresiones monumentales del Cerro Isla, Pérez señala que "imagina a esa gente que no solamente grabó los cerros, sino que tuvo la preocupación de que esos grabados tuvieran una belleza, una estética, una perfección en términos geográficos... eso es impresionante. Alguien lo pensó y lo plasmó, no sólo lo dibujó. Es maravilloso, porque además dialoga con el entorno".

Protección

Si bien hace unos años, el área fue limitada con cercos y letreros, según Luis Pérez, esta medida no protege el sitio arqueológico en su magnitud, ya que el cerco sólo está ubicado hacia la carretera y no en la parte posterior del cerro, donde actualmente aún circulan vehículos 4x4, generando un daño irreversible al sitio.

"Uno de los grandes problemas que sufrió este sitio es que fue elegido para implementar medidas de compensación, producto del daño al patrimonio arqueológico generado por la compañía minera Cerro Colorado en Mamiña. Para esos años, si bien existían amplios estudios sobre los geoglifos, se implementaron medidas de mitigación demasiado invasivas para borrar las huellas de vehículos. Por lo tanto, la técnica de restauración fue más destructiva respecto de los daños que existían. Una buena intención, pero con una implementación deficiente".

A juicio del profesional, al asumir la protección de un sitio patrimonial, ello demanda un expediente exhaustivo para tomar la mejor decisión. Por lo mismo, para la protección de estos sitios

se requiere un trabajo multifocal y multivocacional, una estrategia integrada que tiene que desplegar información y educación patrimonial en la población.

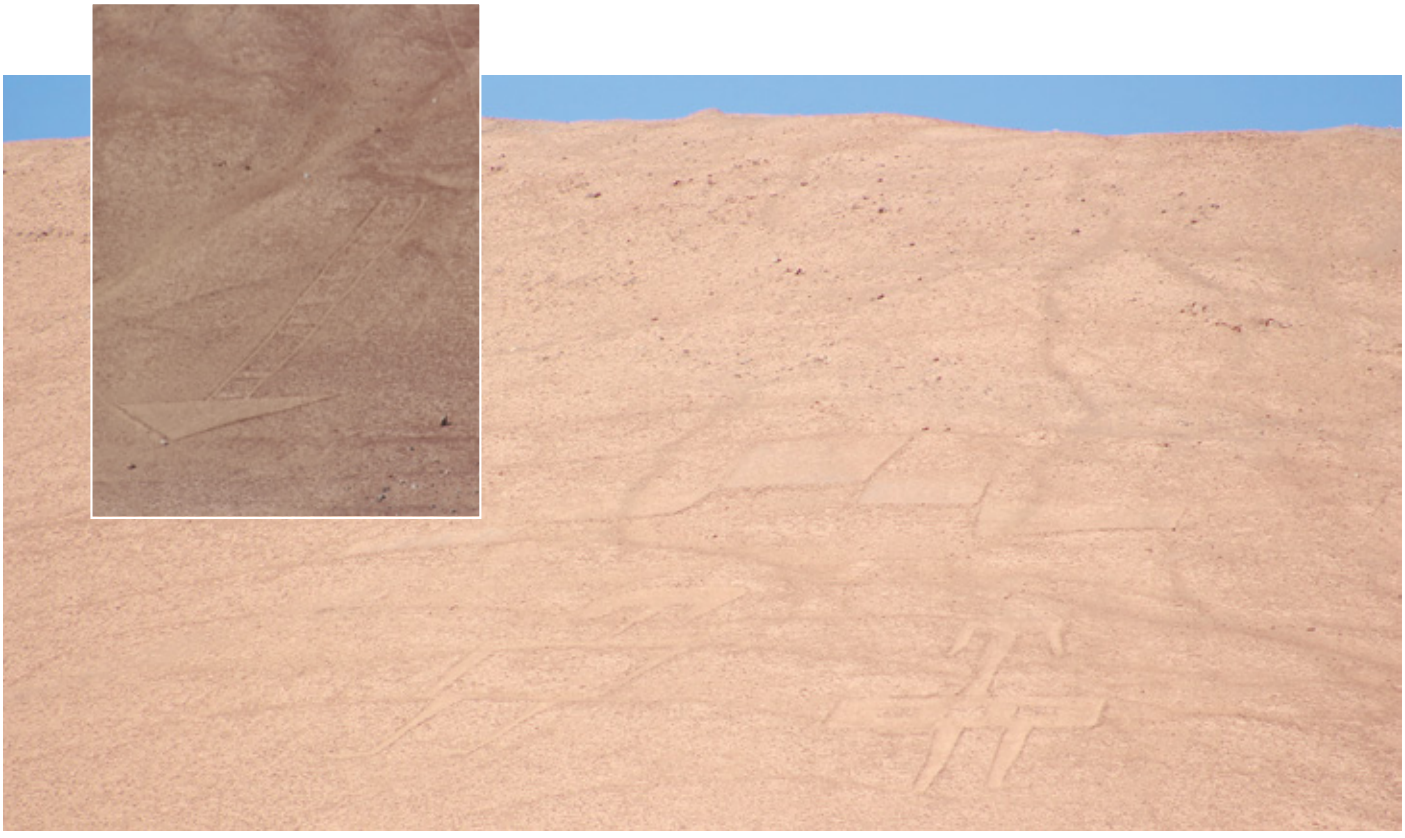
"En materia educacional, ese despliegue debe ir desde contenido en el aula hasta material que explique qué es un geoglifo, amenazas y riesgos. Además de orientar que la gran inversión pública integre la implementación de barreras viales, estructurales, carteles, áreas de servicios y hacer operativas las carreteras, junto con llegar a las comunidades para integrarlas y prepararlas respecto de la protección de los sitios".

Para Pérez, la complejidad del vasto territorio de la región y la falta de infraestructura adecuada en los distintos caminos que existen a lo largo y ancho de éste, han contribuido a que muchos de los geoglifos sean dañados o destruidos.

"Todas las carreteras oficiales, que acceden de la costa al altiplano, no están provistas de infraestructura, a pesar de que cruzan toda la región y las áreas donde se despliega el acervo cultural de miles de años de ocupación humana. Entonces, hay carreteras que te acercan a los puntos y te permiten salir del camino e ir a través de la pampa hasta donde el vehículo llegue".

Es por ello que, ante la falta de protección adecuada, para el arqueólogo es importante considerar que "el patrimonio de la región es nuestro reflejo; y sin ese patrimonio es nuestra identidad la que se pierde, nazcas o vivas en la región".

Así, al alejarnos del Cerro Isla por la carretera, resulta admirable cómo la disposición y diseño de cada uno de los geoglifos relata una historia que, quizás, pocos entiendan; pero que sin duda nos habla del ingenio y creatividad de hombres y mujeres de otros tiempos, que supieron vencer la vastedad del desierto para crear un sistema de comunicación para orientar a las caravanas que atravesaron el territorio para llegar a la costa; con diversas expresiones de arte rupestre que siguen incólumes, como un tesoro escondido, a los pies de una carretera.





Cerro Unita, complejo del **desarrollo agrícola en Tarapacá**

En viaje por la ruta Panamericana hacia el norte, y entroncando con el camino a Colchane, el desierto se despliega en toda su magnitud, una planicie que se desdibuja con un cerro solitario, conocido como el Cerro Unita, donde se impone la figura del Gigante de Tarapacá.

Este cerro único y aislado en la pampa es, para Luis Pérez, arqueólogo, paleontólogo y director del Museo Regional de Iquique, uno de los sitios relevantes del territorio regional.

Aun cuando su nombre surge de la Expedición Astronómica de la Marina Norteamericana al Hemisferio Sur, la leyenda de la comunidad indígena de Huarasiña denomina a este lugar como Cerro El Toro, porque en el lugar bramaba un toro, razón por la que los lugareños no pasaban cerca del cerro, porque era poderoso y sagrado.

No obstante, para el arqueólogo, lo fundamental es que este sitio arqueológico está asociado al sector denominado Pampa Iluga, donde se despliegan alrededor de 6 mil hectáreas de cultivos prehispánicos, cuya data es de 4 mil años antes del presente aproximadamente; y que corresponde al periodo formativo aldeano.

"El Cerro Unita está emplazado en un complejo arqueológico que está constituido por distintos sitios arqueológicos; donde se despliegan otros geoglifos que están relacionados al Cerro Unita; y cuyo eje central está orientado a la producción agrícola en el área de la desembocadura del río Tarapacá".

Gigante

Aun cuando el Cerro Unita se vincula a un área de desarrollo agroproductivo, su principal ícono es la figura del Gigante de Tarapacá. Con 86 metros de largo, esta figura monumental es considerada el geoglifo antropomorfo (con forma humana) más grande de Sudamérica.

Para Luis Pérez, esta figura está asociada a un momento de cambio cultural, donde surge la agricultura, alfarería y domesticación de animales. Por lo tanto, está íntimamente asociado al desarrollo civilizatorio de los pueblos andinos.

"El Gigante de Tarapacá surge en el periodo formativo, cuando los grupos humanos que habitaban el desierto logran el desarrollo de la cerámica; y junto con ello tener agua disponible. También desarrollan una pequeña agricultura y la domesticación de animales como el guanaco y vicuña, que dan paso a la llama y alpaca. Por lo tanto, la vida se hace más llevadera y establecen asentamientos, abandonando la movilidad asociada al nomadismo, que desarrollaban los cazadores recolectores".







En términos estéticos, el Gigante representa una figura antropomorfa, con elementos de ataviaje o atuendos, y donde los cetros representan la posición de jerarquía; junto a una cabeza irradiada.

"La figura del Gigante de Tarapacá es muy particular, porque no es solamente un cuerpo común estéticamente ajustado, sino también elongado. Por lo tanto, su cuerpo también refiere a los antiguos caminos ceremoniales. La orientación en el eje vertical del Gigante se articula, en cierto momento del año, con la salida de la luna. Entonces, puede estar asociado espacialmente a áreas de cultivo en una fecha similar; y también al control astronómico y la observación de los cielos para la producción agrícola. Es un Dios antiguo, cuya imagen ha permanecido en el tiempo".

Sin embargo, para el arqueólogo, existen otras manifestaciones rupestres en las cercanías del Cerro Unita, que complementan este complejo arqueológico.

"Hacia el norte, hay un panel con una caravana de llamas con un pastor. Además de círculos y otras figuras. Hacia la pampa que circunda al Cerro Unita, hay otras figuras, como una llama, caminos ceremoniales, personajes que representan al gigante en menor tamaño. Es un complejo integrado amplio, con más de seis mil metros cuadrados".

Comenta que en la década del 60, el reconocido antropólogo Horacio Larraín descubrió en el panel sur de la cima del Cerro Unita, un pequeño adoratorio incaico, que despliega un gran jaguar, unos caminos ceremoniales y un ave; y cuya data aproximada es de 500 a 600 años atrás.

"Si bien este sitio se asocia al desarrollo agrícola, también se vincula con las complejidades que demanda el quehacer espiritual, ceremonial relacionado muy internamente a la producción agrícola. El mundo prehispánico no divide su producción económica con el mundo espiritual, ambos están unidos".

Afectación

Pese a la importancia del Cerro Unita como complejo arqueológico, para Pérez los trabajos realizados años atrás para proteger al Gigante, terminaron dañando el área, ya que la línea de base arqueológica fue deficiente, dejando fuera uno de los cerros del complejo, mientras que en los campamentos arqueológicos que fueron usados por quienes construyeron el Gigante, se instaló la empresa constructora que instaló los cercos y otras obras que hoy no sirven para proteger el sitio.

A juicio de Luis Pérez, también hay otros factores que inciden en la falta de protección de este sitio y otras áreas del arte rupestre regional, como es el ingreso indiscriminado de vehículos a las zonas de geoglifos, cuyo estado actual debe estar sobre un 50 por ciento en pérdida o afectación irreversible.

"La infraestructura actual no se acopló a los antiguos órdenes geográficos y a las importancias estratégicas que nos legaron esos pueblos; y que nos hablan de cómo hay que habitar el desierto. A ello se suma el tema educacional, donde es fundamental entregar conocimiento y conciencia sobre el patrimonio arqueológico de la región, ya que el que no conoce, no cuida".

Al reflexionar sobre el arte rupestre regional, Luis Pérez señala que "la comprensión de Tarapacá es maravillosa. Desde mirar el mar, percibir este entorno desértico, su belleza natural. Nosotros no sólo vivimos en el desierto, permanecemos en él. Y eso es lo que va moldeando nuestras memorias. Las personas deben reconocerse como tarapaqueños, habitantes de este territorio, porque el habitar es lo que nos hace percibir el valor de esta región, que es sumamente valiosa".

En medio del paisaje, el Gigante del Cerro Unita se impone con su mirada hacia el Pacífico. Pese a los años y su lejanía, este complejo sigue siendo un tesoro escondido bajo el silencio del desierto, cuya historia nos evoca al Dios Civilizador de Tarapacá.











Complejo Arqueológico ex Aura, señales en los caminos del desierto

A tan sólo 15 kilómetros de Huara, en tránsito por la ruta Panamericana hacia el norte, la presencia de distintos cerros y yacimientos de ex salitreras, hacen impensable que entre estos se encuentre un tesoro escondido que nos habla de señales de otros tiempos.

Así es el Complejo Arqueológico ex Aura, una secuencia de cerros que anidan expresiones de los pueblos originarios de este territorio, relatando -quizás- una historia para dar significado a la vida y el tránsito en el desierto.

Para Oscar Varela, conocedor del patrimonio arqueológico de la región, este sitio tiene una particularidad especial.

"Este complejo que reúne diversos geoglifos, aparentemente, tenía la misión de indicar lo que se venía más adelante en el camino. Sin duda, muchos de éstos tuvieron un fin utilitario, como las actuales señales de tránsito, para indicar que en el área había agua y refugio para los animales".

Es así que en esta cadena de cerros se aprecian diversos geoglifos elaborados con la técnica de despeje de la tierra y acumulación de piedras, para dar forma a estas expresiones. Entre ellas, destaca la presencia de chamanes, una media chacana, llamas, aves, flecha, felinos, lagarto y figuras geométricas como un círculo.

Sin embargo, las figuras más icónicas se encuentran en la ladera y cúspide del Cerro Rosita, donde se observa un gran sol con rayos con puntas perfectas en forma de corona -conocido como el "Sol de Aura"-, junto a un lagarto y una figura de forma serpenteante, que puede representar un curso de agua o un reptil.

Para Varela, es importante entender que uno de los métodos que tenían los pueblos para trasladarse y ubicarse en estos lugares tan desolados, eran las cumbres de los cerros. "Entonces, era una muy buena forma de desplazarse y llegar a diferentes puntos, ya que en esa época no había mapas ni caminos. Además, estos geoglifos podían indicar





lo que se hallaba en los alrededores, en el tránsito que desarrollaban los pueblos originarios a lo largo y ancho del territorio".

Conservación

Si bien, actualmente, los geoglifos del Complejo Arqueológico ex Aura cuentan con una protección casi natural, producto de la presencia de piedras y la explotación de calicheras; a juicio de Varela, resulta necesario no sólo proteger el sitio, sino conservarlo en su plenitud.

"Se puede observar que varios de estos cerros que forman el complejo presentan surcos de motos o vehículos 4x4. En el caso del Cerro Rosita se aprecia que el borde inferior fue explotado como calichera, por lo que felizmente las figuras se salvaron de ser destruidas, porque no es fácil subir a los cerros ya que están rodeados de piedras".

No obstante, para Varela la gran abundancia de vehículos todo terreno produce un riesgo enorme en la conservación de los geoglifos, "lo que hace que sea tan difícil protegerlos, ya que la gente no obedece a las normativas e instrucciones que se tratan de instaurar para que no haya destrucción. Muchas veces los geoglifos se salvan porque los accesos a estos lugares son difíciles".

Es por ello que plantea que uno de los métodos para conservar sitios como el Complejo Arqueológico ex Aura, además de la protección casi natural del lugar, es generar "un sistema de resguardo, empleando troncos de Tamarugo, para determinar una línea de no traspaso al lugar, con el fin de protegerlos y conservarlos".

Como iquiqueño y conocedor de la importancia del Arte Rupestre en nuestra región, para Oscar Varela es necesario que las nuevas generaciones sean conscientes de la protección del patrimonio de Tarapacá.

"Los que somos amantes de la naturaleza, esperamos que la gente aprenda a respetar y admirarse de cómo puede desarrollarse la vida en lugares tan inhóspitos como este desierto, que es el más seco del mundo; y que nos demuestra que hubo civilizaciones tan antiguas que habitaron este territorio, domesticándolo. Es nuestro deber conocer nuestro patrimonio y protegerlo".

Sin duda, el Complejo Arqueológico ex Aura invita a cada espectador a conocer una historia única, vivencias y señales con que hombres y mujeres de otros tiempos buscaron comunicar, desde su propia cosmovisión, sucesos y experiencias de lo cotidiano.

Desde lejos, al pie de la carretera, los geoglifos del complejo ex Aura y, en especial del Cerro Rosita, continúan observantes e incólumes, a veces transfigurándose con el propio color de los cerros; y ocultándose para erigirse como un tesoro patrimonial sempiterno de Tarapacá.







Quebrada de Aroma, testimonios milenarios esculpidos en roca

En la inmediación del desierto, camino hacia la precordillera, las quebradas permiten ocultar entre los cerros, aquellos tesoros patrimoniales que, mucha veces, están ocultos a los ojos del ser humano.

Tal es el caso de los petroglifos de la Quebrada de Aroma, donde el curso de agua que serpentea entre cerros monumentales, hacen impensable que en las caras rocosas de éstos prevalezcan las historias de pueblos originarios que, con un fino tallado en roca, dejaron plasmadas sus vivencias e historias como testimonios de su paso por este territorio.

Para Hrvoj Ostojic, biólogo marino, conocedor de la historia y patrimonio de Tarapacá y director de la Revista Iquelque, la diversidad de expresiones que existen en esta quebrada es el resultado de la presencia de diversos pueblos que han habitado este territorio por más de 10 mil años, recorriéndolo y manifestando su huella en éste, a través de la elaboración de los petroglifos.

Con una extensión de dos kilómetros, este sitio de arte rupestre es considerado el más extenso e importante del desierto en Tarapacá.

Son más de tres mil diseños esculpidos en las paredes de grandes piedras, con una diversidad de figuras que se extienden desde la base de la roca hasta lo más alto de cada uno de estos bloques que forma parte de este cañón volcánico.

A lo largo del camino y observando cada pared, aparecen milenarias figuras antropomorfas con distintos detalles, como chamanes con tocados en su cabeza, pastores, danzantes, y los denominados "hombres torcidos", con cabezas triangulares y cuerpos encorvados que tocan sus rodillas.

También existen otras expresiones como parinas, lagartos, camélidos, aves costeras, camarones de río, zorros y una infinidad de animales que, a veces, resulta difícil descifrarlos.





Entre estas figuras surgen motivos geométricos complejos, como espirales, grecas y líneas escalonadas; además de otros diseños que, entremezclados entre sí, van configurando distintas historias que nos hablan de sucesos cotidianos en su devenir por dicho territorio.

Según Ostojic, los petroglifos de la Quebrada de Aroma tiene una variedad infinita de diseños, representaciones que reflejan que la gente que vivió ahí recibió influencias de distintos lugares.

"En este sitio, tenemos influencias incaicas, de Tiahuanaco y la amazonía; y éstas van más allá del entorno, ya que no representan la identidad local solamente. Además de los intercambios con la gente de la costa. Por ejemplo, tenemos los balseros, y uno se pregunta qué relación tienen los balseros con una quebrada. Quizás, los vieron, les contaron sobre ellos, para que los hayan representado físicamente en una roca. Otro petroglifo interesante es el denominado "los lentes de John Lennon", y qué es eso?, pueden ser dos círculos con unos ganchos que parecen unos lentes; y qué quiso representar la persona con eso. Creo que la gracia es que en la Quebrada de Aroma, cada quien plasmó lo que quiso con la influencia que recibió de forma personal".

En su opinión, la extensa variedad de petroglifos en esta zona y cuyas expresiones denotan un sinfín de actividades, ya sean cotidianas, ceremoniales y sociales; permiten inferir la riqueza cultural de los pueblos originarios que habitaron dicha quebrada.

"En primer lugar, lo que debemos considerar es que si nos vamos tres, cuatro o seis mil años atrás, en esos sectores había agua y se realizaban cultivos. Los pueblos prehispánicos circularon y vivieron en estos lugares. Por lo tanto, esperaban las cosechas de sus sembradíos; y en esa espera dedicaban su tiempo a plasmar sus testimonios en las rocas. Esta era su forma de mostrar sus vivencias, algunos desde el punto de vista religioso, astronómico y otros terrenales, con sus llamas, los peligros que enfrentaban a diario. Por lo mismo, la Quebrada de Aroma es fabulosa como símbolo del arte rupestre regional".

Nula Protección

Pese a la magnitud y belleza de los petroglifos de la Quebrada de Aroma, para el director de la revista Iquelque, actualmente, estos se encuentran desprotegidos, debido a que muchas de las figuras se han perdido, ya sea por los sismos que han fracturado las rocas, desprendiéndose trozos donde están tallados los diseños; o por los aluviones.

"El arte rupestre, en general, está mal cuidado, mal protegido. La Quebrada de Aroma es un lugar que debe ser cuidado de dos maneras. Primero, protegido con barreras y señaléticas, para que la gente no los invada y evite dañarlos. Segundo, se debe limpiar el lugar, porque no puede ser que por el hecho que haya pasado un aluvión, se hayan perdido varios petroglifos que quedaron tapados con el barro", acota Ostojic.

A la par de las medidas de protección, para Hrvoj Ostojic también se requiere destinar recursos.

"Tenemos que prepararnos para cuando las mineras se retiren. Aquí lo que se necesita es desarrollar el turismo, y ello requiere una preparación de todo tipo. Por ejemplo, un lugar donde llegue el turista, se aloje, tenga internet, agua caliente, comida e ir a lugares que estén protegidos, que tengan pasarelas y límites muy bien delimitados. Y a eso agregarle la palabra "Cariño", porque cuando a toda actividad humana le pones ese ingrediente, el asunto funciona. Entonces, tiene que haber un cuidado y un interés por cuidarlo, que hoy no existe, lo cual es grave".

A su juicio, es necesario que las nuevas generaciones conozcan el territorio, "no solamente porque es importante mantener el patrimonio, sino porque ahí está el futuro de Tarapacá: el turismo y la historia. Las generaciones futuras tienen que conocer lo que vale la región y lo que valen ellos, porque están ligados a Tarapacá".

Desde la orilla del camino, frente a las monumentales rocas, los petroglifos de la Quebrada de Aroma continúan relatando sus historias en un vaivén de

colores mientras el sol surca los cielos del desierto, relatos que, sin duda, nos hablan de la proeza humana de quienes habitaron la zona para dejar sus testimonios como un tesoro escondido del patrimonio de Tarapacá.





Líneas de Ariquilda, el Nazca de Tarapacá

En viaje hacia la precordillera, la vastedad y sequedad del desierto da la impresión de que la vida hubiese desaparecido del todo. Tierra y rocas por doquier son parte del paisaje en 360 grados, impidiendo ver –a simple vista– uno de los lugares más magnificentes que posee la región: las Líneas de Ariquilda, conocido como el Nazca de Tarapacá.

Ubicado en la parte superior de la Quebrada de Aroma, el sitio de Ariquilda destaca por la presencia de geoglifos monumentales elaborados en el plano del terreno donde se ubica este complejo arqueológico, que abarca una superficie de 50 mil metros cuadrados; y que corresponde a simbología prehispánica, perteneciente al periodo Inca (1.100 dC).

Para Hrvoj Ostojic, conocedor de la historia y patrimonio de Tarapacá y director de la Revista Iquelque, las expresiones de Arte Rupestre que existen en dicha zona posicionan a las Líneas de Ariquilda como un lugar único en el territorio, por las dimensiones de los geoglifos desplegados en el área.

"Es un complejo arqueológico con distintas figuras, que detenta una gran diversidad de geoglifos extendidas en el plano", lo que a juicio de Ostojic reflejan un estadío o imaginación superior y dirigida por alguien, "porque se hizo con un criterio geométrico muy claro".

Con más de 150 figuras desplegadas en seis paneles y elaborados bajo la técnica de despeje de la tierra, otros por acumulación de piedras y técnica mixta; el paisaje comienza a perfilar diversas figuras antropomorfas, camélidos, chacanas, soles, lagartos, parinas y motivos abstractos como espirales y grecas.

Sin embargo, lo más imponente de este complejo son las extensas líneas rectas, algunas con casi 200 metros de largo, que van dibujando este sitio que se asemeja a su símil de Perú.

Según Ostojic, un elemento relevante del sitio es la presencia de recintos elaborados con piedras que, según diversos autores, corresponderían a campamentos ubicados en las cercanías de algunos geoglifos.





"En Ariquilda, la creación de los geoglifos y de los campamentos se produjo por la presencia del agua en la zona. Por lo tanto, es muy probable que la gente estuvo en dicho lugar porque había un sembradío cerca o una actividad agrícola de algún tipo. Mientras que la pérdida del recurso agua en el sector, hizo que la gente se retirara de la zona. No obstante, el trabajo que se hizo en el sitio fue realizado por mucha gente, quienes fueron dirigidos para realizar estos geoglifos, que son muy similares a los de Nazca en Perú".

Interpretación

En el ámbito de la arqueología, los geoglifos son elementos que ordenan y articulan el territorio; y cuyo significado representa algo común para una comunidad.

En ese contexto, para diversos estudiosos, las Líneas de Ariquilda son marcadores territoriales y ceremoniales en torno al tráfico de caravanas que unían la costa con el altiplano.

Pero para Ostojic, "la elaboración de estos geoglifos de grandes dimensiones, en el fondo responden a algo, un suceso que te impacta, sea positivo o negativo. Por lo tanto, la persona que dirigió la creación de estos dibujos en la tierra, le dio sentido a lo que pensaba o algún evento que ocurrió que impactó su forma de entender el mundo que lo rodeaba".

Sin embargo, pese a la precisión geométrica de estas expresiones, resulta complejo entender por qué fueron elaborados en el plano del terreno, cuando la mejor forma de apreciarlos es desde el aire.

Para Ostojic, si bien se pueden establecer diversas teorías al respecto, existe la posibilidad de que, conforme a la época de los diseños, "los pueblos originarios estaban rodeados de dioses que regulaban todo, como la salida del sol, la luna o que los cultivos crecieran, ya que habían algunos elementos que permitían que ello ocurriera siempre. Quizás, quisieron comunicarse con ellos, y realizaron estos geoglifos, representando figuras que evocaran una ofrenda a estos dioses o seres superiores, porque ello estaba más allá de la capacidad de un ser humano para poder alterar las manifestaciones de la naturaleza propiamente tal".

Pese a la magnificencia de estas expresiones de arte rupestre, hoy el sitio de las Líneas de Ariquilda permanece bajo una amenaza constante, debido a la falta de señalética que impida el paso de vehículos todoterreno que transitan por este complejo arqueológico, dejando marcadas sus huellas sobre los geoglifos, dañándolos o, incluso, destruyéndolos.

En opinión del director de la Revista Iquelque, esta realidad afecta a gran parte de los geoglifos de Tarapacá. "Si bien existe una delimitación de los sitios, lamentablemente no están protegidos; y como consecuencia se han perdido muchos de estos", razón por la cual considera que debe haber una preocupación de las autoridades para protegerlos con barreras y señaléticas, para evitar el ingreso de vehículos o personas que puedan destruir lo que aún permanece como parte del patrimonio de arte rupestre regional.

En plena soledad del desierto, y en compañía del viento que baja de la precordillera, los geoglifos de Ariquilda permanecen en el silencio del paisaje. Un tesoro escondido de aquellos pueblos originarios de este territorio, que buscaron transmitir un mensaje que permitiera acercar el cielo y la tierra, en una conjunción que perdure más allá del tiempo.




Prensa
Activa



fondodemedios.gob.cl